

y empujado por las corrientes aéreas, tuvo que efectuar su descenso en el mar. La barquilla, sumergida en las olas, fué remolcada durante mucho tiempo por el globo que el viento impelia con una violencia considerable. Afortunadamente, el atrevido aereonauta pudo ser socorrido á tiempo, y conservar una existencia que supo hacer célebre por sus numerosas excursiones aéreas.

En medio de un profundo silencio y de una oscuridad relativa, oímos sobre nuestras cabezas un ruido sorprendente, como si se hubiese abierto la seda del globo y se escapase el gas, produciendo el ruido de un sordo cohete. La causa de este rumor era inofensiva. La red se agitaba rozando la cubierta empapada por la humedad, y los tres globos pequeños se paseaban rodando bajo el ecuador del grande: al deslizarse, producían un ruido lijero, que á causa del profundo silencio parecía mas intenso.

Desde media noche en adelante el tiempo huye con rapidez. A la una y media de la madrugada, la aurora es ya luminosa al norte, aun que haya neblinas en el espacio. Tiramos algunos kilogramos de lastre, y nos elevamos lentamente á 1,200, 1,300, 1,400 y 1,500 metros. A las 2 y 50 minutos, dejamos á Lieja á nuestra izquierda.

Cuando pasamos por encima de las nubes, la luna brilla con extraordinario fulgor, y domina este mágico espectáculo.

Vénus resplandece en la aurora, y la aurora va disipando la sombra.

Por encima de la aurora, se desarrolla un cuadro verdaderamente encantador: numerosas nubes de diversas tintas, reunidas en aquellas regiones superiores, bosquejan un paisaje extraño, y presentan á nuestras atónitas miradas valles, llanuras y colinas pintorescamente suspendidas. Este paisaje se parece á los que la naturaleza ha dibujado en ciertas ágatas maravillosas. A veces se distingue en las altas mesetas cenicientas una ciudad con sus torreones y baluartes coronada por un magnífico celaje; creeria-

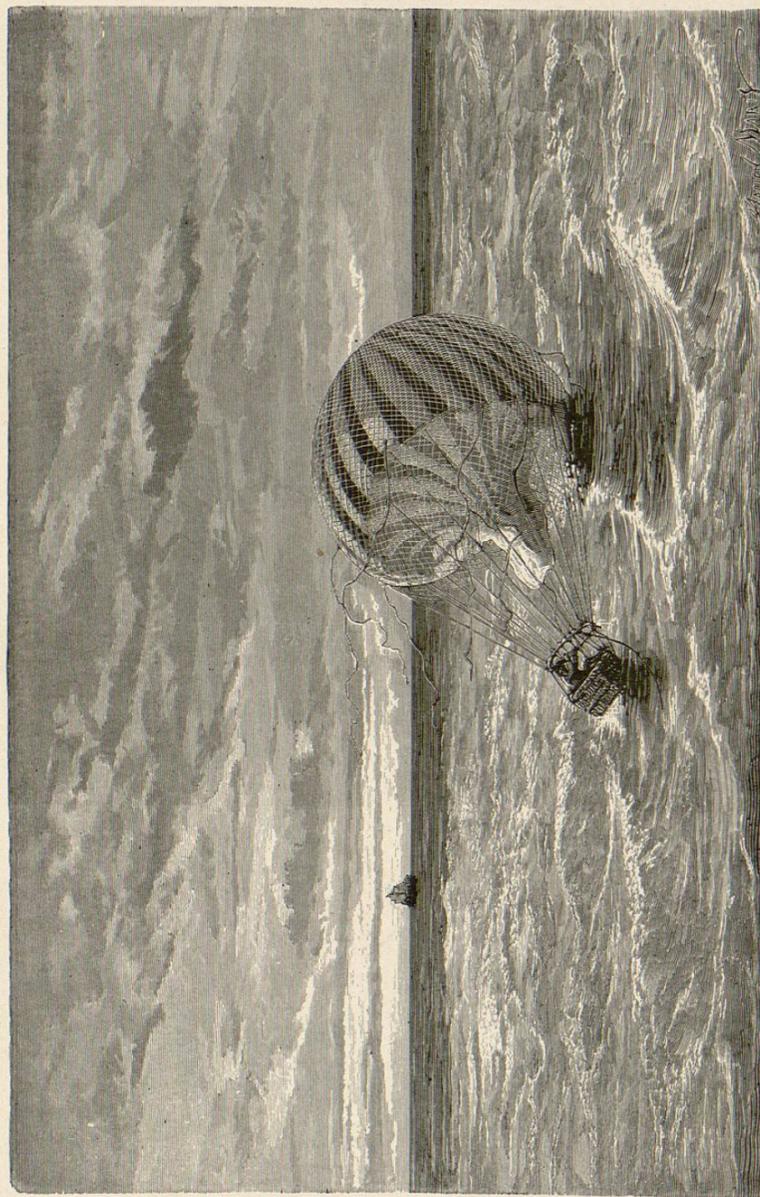
se ver, desde lo alto de una montaña de los Alpes una región cultivada y una ciudad antigua que aparecieran por el horizonte á través de las brumas del aire.

Aunque el cielo continúe cubierto de un lijero velo, distinguimos las campiñas á las tres de la mañana tan claramente como en mitad del día. Vamos costeando inmensos bosques que se suceden á nuestra derecha; á la izquierda se extienden llanuras cultivadas, cuyo aspecto difiere bastante del de las francesas. En vez de tierras regulares y paralelas entre sí, semejantes á las casillas de un tablero de ajedrez, son piezas de todas formas, de todas magnitudes, juxtapuestas sin orden regular, como los departamentos iluminados de distintos colores que se ven en los mapas de Francia. Además, cada una de esas propiedades irregulares está rodeada de un vallado.

Percibimos ya el Rhin, aun cuando distamos de él mas de 100 kilómetros. Dejamos á Spa á la derecha, y atravesando por Verviers, última ciudad de Bélgica, entramos á las 3 y 40 por Epen en la Prusia renana.

A las 3 y 15 minutos, mientras bogábamos á 1,800 metros de altura, y el higrómetro marcaba 93 grados y el termómetro libre 5, presenciábamos la *formación de las nubes* que nacían por encima y por debajo de nosotros. La campiña, que desde los primeros albores matutinos deplegaba á nuestra vista sus variados tonos y matices según el cultivo del terreno, desaparece progresivamente velada por las nubecillas. Apenas hemos tenido tiempo de admirar á nuestro gusto la vasta llanura coloreada, los caminos, los pueblos, los bosques y los campos, cuando de todas partes se elevan blancuecinas nubes, que siendo en un principio diáfanos, se vuelven de pronto opacas, y nos interceptan por completo la vista de las regiones inferiores.

Aquellas nubes nacen y se disipan con asombrosa rapidez, no sabiéndose á qué mágica influencia obedecen para brotar invisiblemente del fondo de las campiñas.



CAIDA DE M. GREEN EN EL MAR

Las observaciones higrométricas que he practicado me inducen á creer que en el mismo aire hay rios de aire mas frios, que resuelven en vapor húmedo las capas atmosféricas húmedas que los atraviesan. Al menor soplo de aire un poco caliente, las vesículas de agua se vuelven invisibles.

Existe una gran atraccion entre las nubes de escasas dimensiones, pues tan luego como se han formado algunas en puntos separados, se acercan para reunirse. Hemos viajado dos horas por encima de esas nubes que ocupaban una zona de 1,000 á 1,800 metros de elevacion, y que, por consiguiente, podian medir en ciertos puntos 800 metros de espesor. A veces parece que flota nuestro globo en la superficie misma de este Océano aéreo, quedando la residencia de la humanidad totalmente eclipsada para nuestra vista y nuestro pensamiento.

El globo continúa su marcha ascendente teniéndonos ahora á 2,000 metros de elevacion. Pero ¿qué rojos fulgores son esos que aparecen por oriente como si el hemisferio de nuestros antipodas estuviese ardiendo? Son los precursores de la salida del sol; tendremos el raro privilegio de contemplarle en toda su magnitud desde la altura de nuestro esquife, que vuela sobre el valle del Rhin. Nuestro cronómetro de Paris señala las tres y media, y el *Anuario de la oficina de longitudes*, fija hoy la salida del sol á las 4 y 14 minutos. Hemos llegado á Aix la Chapelle (Aquisgran), y vemos á nuestra derecha el ducado de Luxemburgo hasta mas allá de Tréveris, y á nuestra izquierda la Holanda hasta el mar del Norte.

La mirada mortal que tuviese una vez tan solo la fortuna de contemplar la llegada triunfal del dios del dia al mundo aéreo, y de presenciar en las alturas del cielo la gloriosa manifestacion de su esplendor, no podria olvidar jamás tan grandioso espectáculo, y conservaria su indeleble imágen hasta su última hora. Hay en la tierra impresiones que dan tan alta idea de la naturaleza, y que nos la presentan bajo tan im-

ponente aspecto, que el alma, profundamente turbada, conserva eternamente un poderoso recuerdo de ellas.

La suave y cándida claridad de la aurora se habia ido pronunciando lenta é insensiblemente, y, cual inmenso océano de luz, inundaba la atmósfera. Así como la melodía de una remota orquesta parece al principio un eco imperceptible, y se va acercando progresivamente al paso que toma cuerpo su plácido murmullo, así tambien la luz causaba en la vista el mismo efecto que la música en el oido. La silenciosa tierra esperaba aquel instante en un profundo recogimiento, despierta ya de su sueño reparador, pero como abrumada por la mágica influencia de la belleza celeste.

El Rhin desarrollaba á lo léjos sus plateados anillos, como una serpiente estendida sobre la verde Alemania, introduciendo allá en el mar del Norte su chata cabeza. La naturaleza enmudecia, y si las avecillas cantaban, sus gorjeos no eran mas que el tímido preludio del himno del dia. Al poco rato, una anchurosa radiacion se desplegó por oriente, semejante á un abanico fluido que acudiera á acariciar con sus vistosos colores las nubes mas elevadas de la atmósfera, cuyos lijeros contornos se encendieron con las tintas de la rosa y del oro.

....La orquesta aumenta, y entre las flotantes ondulaciones y caprichosos balanceos de la armonía, se perciben los suspiros y estremecimientos del acompañamiento celeste. De pronto, y en el momento en que el alma, sumida en su dulce arrobamiento, se siente arrebatada hácia sus mas caros ensueños por el magnetismo del canto divino, el órgano universal, cuyos registros quedan abiertos, entona de lleno la sonora sinfonia de la vida!.... Los solemnes acordes del tono mayor difunden por el cielo entero el sublime poema de la melodía sagrada. El dios de la luz acaba de aparecer: su inmenso disco se eleva pausadamente entre las purpúreas tintas que el oriente ha separado para recibirle.

A medida que el sol se elevaba con lentitud, desde el hemisferio inferior, nuestro globo se elevaba también en el espacio, llegando á 2,300 metros de altura en el momento en que el sol, desprendido de las capas de nubes inferiores, se cernía en un cielo doble, formado por la atmósfera inferior, cargada de diversas zonas de nubes, y por la superior, gris y ocupada á su vez por rastros blancos y muy elevados.

A las 3 y 45 minutos nos pareció que el Sol salía de nuevo. Oculto como estaba por largas filas de nubes, hubiérase creído que no había llegado aun á nuestro hemisferio, cuando le vimos nuevamente en el horizonte, no ya de un color escarlata como antes, sino de un blanco rojizo. Era que el Rhin reflejaba su deslumbradora imágen.

Antes de llegar á Aquisgran, divisamos á la simple vista la ciudad de Colonia, ó mas bien su catedral, basilica gigantesca cuya negra masa se proyectaba sobre la cinta de plata del gran rio. A las 4 y 26 minutos pasábamos perpendicularmente sobre la estación de Duren, en el ferro-carril de Aquisgran á Colonia. Nos hallábamos á 2,400 metros de altura, y pasábamos por encima de una llanura de nubes, cuando llegaron á nuestros oídos los sonidos del *Angelus*. Era el primer rumor de la tierra que percibíamos despues de la música que siguió á la lluvia de la vispera.

Agrada oír desde el cielo el sonido de las campanas; pero no pudimos disfrutar de este gusto porque vino casi en seguida tras él el estruendo del cañon, y de minuto en minuto, por espacio de mucho tiempo, la voz de ese gracioso aparato de civilizacion y de progreso envió sus bramidos á las nubes, extendiéndose por las llanuras aéreas. Era, segun parece, la artillería de Nuhlheim que se ejercitaba para la guerra próxima.

La antigua ciudad de Colonia, patria de dos personajes tan diferentes entre sí como una salva de artillería y la oración de la mañana, la emperatriz Agripina y San Bruno, ofrece á nuestros ojos un semicírculo

regular unido á la orilla izquierda del Rhin. Navegábamos plácida y magníficamente á 1,800 metros de altura, admirando en toda su extension la feraz campiña del Rhin, las siete montañas que dominan su pintoresco valle, los de Westfalia que salían á nuestro encuentro, el curso del rio hácia la brumosa Holanda, las oscuras mesetas de Alemania, y los lindos paisajes escalonados á orillas de un cristalino riachuelo que vierte sus aguas en el Rhin mas abajo de Colonia. La humedad del aire había disminuido sucesivamente, y el higrómetro marcaba 62°: el termómetro estaba á 0 grados: pero el sol había atravesado las nubes, y empezaba á brillar; aquella era la hora mas deliciosa de nuestra travesía y el período en que debíamos gozar plenamente de la magnificencia del espectáculo; el globo, no solo no propendía á descender, sino que se elevaba á causa de la sequedad del aire ambiente. ¿Qué hombre, impresionado por tan maravilloso cuadro y considerándose absolutamente seguro en los cerúleos campos, dejaría que penetrase en su alma la idea de bajar á tierra?—¡Ah! En tal momento había un hombre que padecía la nostalgia de la tierra y que miraba con envidia las verdes llanuras de la Prusia; y aquel hombre era precisamente Eugenio Godard, mi aeronauta.

Al verle coger la cuerda de la válvula, le amenacé, con toda la severidad de que soy capaz, con denunciarle al público, y le supliqué solamente que nos dejase impeler por el viento hasta Berlin. Le hice ver lo halagüeño que sería para su celebridad de aeronauta el dar la vuelta en globo á una parte del mundo: le demostré que aun no estaba completa mi serie de observaciones meteorológicas, que el globo estaba muy bien, que no había ningun peligro, etc.

Mi compañero me objetó que un viaje de 610 kilómetros (por la vía terrestre) significaba ya algo; que apenas teníamos lastre y que carecíamos de viveres, y terminó repitiéndome que el viento se eleva siempre

por la mañana, y que como no podíamos continuar viajando todo el dia con nuestros escasos recursos, nos veríamos obligados á bajar antes del medio dia, sin lastre para precaver una caída imprevista, y azotados por el viento intenso de las llanuras.

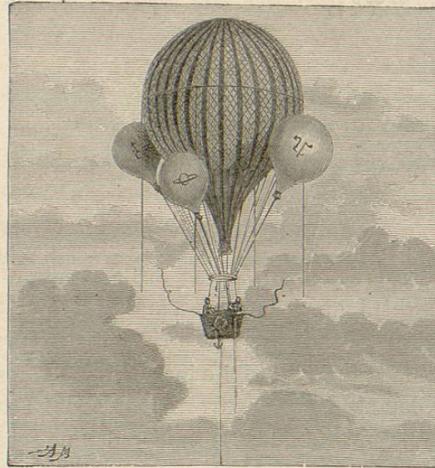


Fig. 56.—LOS GLOBOS SATÉLITES

Hube de ceder á tan categóricas razones, reflexionando que mi inexperiencia en cuestiones de aerostacion debía inclinarse ante los conocimientos prácticos de mi guía, y mi célebre piloto tiró de la cuerda de la válvula mientras atravesábamos el Rhin, á las 5 y 30 minutos.

Los tres pequeños globos atados al aro nos hicieron bajar trazando espirales. La tierra giraba en torno nuestro, pareciendo que nos precipitábamos en cicloide en las profundidades del aire. El Sol nos iluminó cuando estábamos á 890 metros. Los paisajes inferiores presentaban formas bien definidas, y las oscuras montañas elevaban sus picos al cielo á medida que íbamos llegando á una altura inferior á la de sus

cumbres. Como descendíamos en tierra alemana, tuvimos la idea de enarbolar la bandera francesa en nuestros cordajes. Cuando bajamos lo bastante para distinguir las personas, vimos una multitud de aldeanos, con sus extraños trajes y su enorme pipa en la boca, corriendo á campo traviesa para recibirnos.

Tan luego como la barquilla rozó ligeramente el musgo de las praderas, la sujetaron robustos brazos. Nos costó un trabajo inmenso impedir que se fumara cerca del globo. Estábamos en el territorio de Solingen, departamento de Dusseldorf, á los 4° 45' Este del meridiano de Paris, y 51° 6' de latitud boreal, habiendo recorrido 550 kilómetros en doce horas y media.

Al efectuar nuestro descenso, convinimos en dejar el globo henchido hasta la tarde para continuar nuestro viaje. Nos condujeron á un sitio favorable para echar pié á tierra, y ante todo cuidé de resguardar mis instrumentos, hacer que llenaran de piedras la barquilla, y que reemplazaran el gas perdido con el de los tres pequeños globos. Me proponía enviar á Paris los objetos inútiles.

En el sitio en que bajamos se improvisó una ruidosa fiesta, organizándose juegos, bailes y comidas campestres; mas por la tarde estalló una tormenta que nos obligó á vaciar el globo, con gran sentimiento nuestro.

Los prusianos nos dispensaron una buena acogida, y mejor aun á nuestro dinero, y al dia siguiente nos recibieron del mismo modo en Colonia, donde entramos escoltados por una legion de curiosos y precedidos por un hombre á caballo que llevaba en la mano la bandera tricolor.